

# Discernimiento y relaciones entre tradición e innovación en el cultivo de la cualidad humana profunda

Francesc Torradeflot<sup>1</sup>

Lo que algunos denominan espiritualidad sobrepasa probablemente a la religión y es incluso compatible con su negación (por ejemplo, con la de los que desautorizan de una u otra manera a la religión tradicional basada en creencias)<sup>2</sup>. Parece que la expresión cualidad humana y, aún más adecuada, cualidad humana profunda sea menos vulnerable<sup>3</sup>, aunque tiene también sus límites<sup>4</sup>.

---

1 Doctor en Teología y licenciado en Historia de las Religiones (Lovaina) y en Filosofía (UAB), es director de la Asociación Unesco para el Diálogo Interreligioso - Unescocat, es profesor de CETR.

2 Cfr. TORRADEFLOT, Francesc, “*Espiritualidad versus religión?*”, en CORBÍ, Marià (Coord.), *Crisis de las religiones* p. 225-248.

3 De los límites del término “espiritualidad”, que ya hemos comentado en otros lugares, simplemente insistir en los que derivan de sus connotaciones dualistas (espíritu/materia). Autores como Wilber han querido superar este dualismo con la idea de “espiritualidad integral” (Cfr. WILBER, Ken, *Espiritualidad integral*, Kairós, Barcelona, 2007, p. 9-11). Pero las resonancias etimológicas que conlleva el término “espiritualidad” remiten, en la mayoría de los casos, a la definición de espíritu que suele suponer habitualmente su oposición a materia. El término espíritu es polisémico en el ámbito filosófico y, por ello, a menudo equívoco. Descartes y sus seguidores relacionaban el espíritu con el “alma sensible”. Para Francis Bacon el alma sensible es una substancia puramente material que se da también en los animales (BACON, Francis, *De dignitate*, libro IV, c. III, párrafo 4). Otro sentido del término es el de espíritu como principio de vida y, por ello, alma individual. Este sentido se da sobre todo en el ámbito teológico y místico cristiano. Entonces los espíritus puede ser un reflejo de la Divinidad o del Creador para que puedan entrar en sociedad con Dios (Leibniz, *Monadología*, 82ss). Los espíritus son también Dios, los ángeles, los demonios, las almas, los hombres desencarnados postmortem. Sin embargo, en un sentido impersonal, el espíritu es la realidad, el pensamiento en general, el sujeto de la representación con sus leyes y su actividad propia, opuesto al objeto de la representación. Este sentido es el más general en la filosofía contemporánea. Contempla varias acepciones: espíritu como opuesto a materia, espíritu como opuesto a naturaleza (con diversas antítesis posibles: principio productor-producción; o libertad-necesidad; o reflexión y actividad espontánea), y espíritu como opuesto a la carne –representación del conjunto de instintos de la vida animal–. En un sentido más particular el espíritu se opone a la sensibilidad y se convierte en sinónimo de inteligencia.

4 Esta expresión no es inamovible. Parece, a fecha de hoy, la menos mala para expresar el itinerario, la vía, el camino (sharia, yana, vada, via, etc.) de sabiduría que refleja el proceso personal, y en muchos casos comunitario, del ser humano que busca o tiende hacia la sabiduría, la verdad o la realidad en

Cualidad humana es más cercano a sabiduría, aunque este último término plantea también sus dudas ya que a menudo se percibe no como el grado más alto de conocimiento humano sino como una resonancia de la filosofía perenne que, desde la filosofía de la religión, es comprendida como la perspectiva que considera las tradiciones religiosas de la humanidad como depositarias de la única verdad universal que origina todo conocimiento. La filosofía perenne fue popularizada por Aldous Huxley y, en cierta medida, por el conjunto del movimiento de la Nueva Era, incorporando la convergencia de las ciencias y de la filosofía con la religión. Esta aproximación reduciría el acceso a la sabiduría a los ámbitos esotéricos de iniciados en lugar de presentarla como una posibilidad y tarea universal. Teósofos como Mme. Blavatsky hablaban de “sabiduría-religión” o “sabiduría antigua” sólo apta para un élite. Esta resonancia elitista está lejos del cultivo generalizado de la cualidad humana que se propone.

En esta reflexión pretendo abordar algunos de los posibles criterios de discernimiento de la adecuada o recta orientación final del cultivo de la Cualidad Humana Profunda (CHP) y de los Proyectos Axiológicos Colectivos (PAC), o del marco valoral social autorregulado, en sociedades de conocimiento.

Las sociedades de conocimiento generan un cambio continuo vertiginoso que adquiere sus manifestaciones más desafiantes en el ámbito científico-técnico y en la sucesión desbordante de nuevos productos y servicios. El desafío es justamente el del sentido y la orientación. ¿Qué sentido tiene este cambio? ¿Qué sentido debemos darle para que sea respetuoso con el ser humano y con el medio y no termine justamente por autodestruir a toda una especie y a todo un planeta? Nuestra afirmación básica es que este sentido u orientación es necesario e inevitable pero sólo es posible y viable si se dispone de la necesaria cualidad humana y cualidad humana profunda. La humanidad ya tiene demasiados ejemplos de cómo una mala orientación de la ciencia y la tecnología puede llevar a auténticas barbaridades, aunque pretenda estar motivado por buenas intenciones. El

---

mayúscula. Sin embargo, también tiene sus límites: no es un solo término, tiene un cierto grado de equívocidad que puede inducir a la confusión por un posible significado inapropiado de cariz moral, es más apofático que katafático. A pesar de ello y a fecha de hoy no conocemos ninguna alternativa mejor.

riesgo nuclear, químico y biológico o las posibles aplicaciones inhumanas de la ingeniería genética son sólo alguna de estas obvias amenazas que permiten visualizar la urgencia de una necesaria regulación humana. Para que la humanidad pueda orientar correctamente la ciencia y la tecnología galopantes y el cambio vertiginoso que producen debe hacerlo desde una perspectiva humanista plena y radical que implica necesariamente el cultivo sistemático personal y colectivo de la cualidad humana profunda o, si se prefiere, de la espiritualidad.

El cultivo de la cualidad humana profunda tiene una orientación determinada en la sociedad de conocimiento acorde con él (el cultivo) que, a la vez, permite el aprovechamiento de la herencia viva de las diversas tradiciones de sabiduría. Esta orientación, ¿cuál es?, ¿en qué consiste?, ¿de dónde surge?, ¿qué criterios permiten discernirla?, ¿qué le permite pretender guiar a la aceleración científico-técnica y liberarla de su previsible deriva apocalíptica?

## **Transmisión del cultivo de la Cualidad Humana Profunda (CHP)**

El cultivo de la CHP no es ajeno a su transmisión. ¿Cómo se comunica? La historia de la humanidad se ha debatido entre tradición y evolución. Una tensión y un conflicto que a menudo conllevaron consecuencias trágicas. Son muchas las variables contextuales que influyen y afectan, pero para nosotros lo importante es subrayar que esta comunicación no consiste sólo en conservar sino que también demanda una capacidad de adaptación o adecuación dinámica para que esta transmisión del cultivo pueda ser entendida y valorada por las nuevas generaciones, en los nuevos paradigmas. La verdad es que cuando el paradigma era el mismo, cuando se vivía según un patrón religioso basado en la sumisión a la autoridad divina y sus encarnaciones en la tierra, la adaptación necesaria era mínima, no hacía falta más. Sus variaciones eran muy lentas, tanto como las que permitía el escaso dinamismo de su fuente de supervivencia. Sin embargo, aún entonces y cada vez más, los referentes espirituales (sabios y escrituras de sabiduría) ya decían que la buena tradición era la que sabía adaptarse,

moldearse. Con la aparición de la industrialización, la tradición empieza a experimentar fuertes convulsiones, como las que expresa el patriarca Rev Tevye en la película de Norman Jewison “El Violinista en el tejado” en su inspirado canto “tradición”, donde deja claro que el equilibrio y la seguridad de una comunidad lo favorece la tradición, aunque el protagonista experimentará con sus hijas la cruda necesidad de “relativizar” para preservar lo valioso y esencial y dejar caer lo superficial, caduco y accesorio en un entorno político inestable y cambiante. Paradójicamente la tradición sobrevive si no teme morir. El término innovación que en sociedades agrarias veía restringida su radicalidad semántica al de una simple variación, llegaba ya a suponer, en las sociedades industriales, un auténtico cambio de paradigma, una radical transformación de la tradición.

En la sociedad de conocimiento, cuando ya no funciona el paradigma de la sumisión, se hunde el de la explotación propia del paradigma industrial y hay muchos y rápidos cambios y una amplia libertad de opciones. Las cosas se ven y son distintas. El cambio e innovación continuos no pueden sin embargo echar por la borda la sabiduría y el cultivo de la cualidad humana de nuestros antepasados. Son muchas las metáforas que sirven para distinguir, discernir, diferenciar aquello esencial de lo que es simplemente accesorio. Donde todo cambia, ¿qué permanece? Las sabidurías de la humanidad han hablado de la impermanencia de todo lo que existe, especialmente la tradición budista ha conseguido, en este sentido, grandes y admirables cotas de efabilidad y comunicación. Lo único que no cambia es lo que no es o si se prefiere lo que es en otro orden de cosas o de realidad, lo que es de manera totalmente distinta, sutil. Las sabidurías ofrecen los recursos necesarios para que un hombre y una mujer de la sociedad de conocimiento puedan vivir sin sumisión ni explotación, en plena libertad y creatividad, y sin perder la seguridad ni el equilibrio porque ambos residen en el sin forma de la cualidad humana profunda.

## La cuestión del ritmo y la percepción de felicidad

Se puede afirmar que en la sociedad de conocimiento la innovación necesita la tradición si tradición significa –porque conlleva– la sabiduría de la humanidad y si sabiduría significa o expresa la dimensión de la realidad gratuita, no relativa a ningún tipo de interés particular o egocentrado.

La sabiduría no se improvisa, no cae del cielo, no viene sola sino que va envuelta con una variable constante como la del lenguaje. Hemos de reconocer que parece que el ser humano como individuo y los colectivos de los que forma parte necesitan un mínimo de estabilidad que les permita digerir o encajar el cambio y su ritmo de manera que no se ponga en peligro ni su supervivencia personal ni la de su comunidad y especie. Cuando el sin forma se hace forma, se hace lenguaje e historia, se hace ritmo. ¿Quién debe decidir el ritmo?: la misma comunidad, con sus capacidades y recursos concretos, y su supervivencia real.

El tiempo y su ritmo acompañan la cadencia de la supervivencia y del cultivo de la cualidad humana, que, en su despliegue y realización plenos, es una experiencia de plenitud y felicidad sin límites que trasciende cualquier percepción sucesiva (cronos). Sin embargo, la felicidad, que en último término trasciende la historia y el tiempo porque es sin forma, es también y paradójicamente bien concreta y sin concreción dejaría de ser felicidad. La felicidad es tal vez la única emoción considerada universalmente básica. El bienestar subjetivo, que habitualmente ofrece más sensaciones positivas, es más amplio que una simple emoción puntual. Los psicólogos quieren estudiar las condiciones de la felicidad porque de manera universal la gente la prefiere por encima de otros “bienes” como el dinero, la salud o el mismo cielo. Se prefiere, como los animales, el placer al dolor, que siempre se quiere evitar<sup>5</sup>. Algunos psicólogos afirman que el ser humano necesita relaciones fuertes y de apoyo. De hecho éste es el factor más estrechamente ligado con la percepción personal de felicidad: las relaciones sociales intensas están estrechamente relacionadas con la percepción subjetiva de altos niveles de bienestar. Ello es específicamente cierto cuando se

---

5 Ver la ponencia sobre el pensamiento anarquista de Jose Manuel Bobadilla.

trata de las relaciones maritales<sup>6</sup>. Otros factores determinantes de la percepción de felicidad son la religiosidad, la inteligencia, la educación, el prestigio laboral. De todas maneras, a parte de los factores externos, lo más importante son sobre todo los factores internos para la percepción psicológica de la felicidad, como la herencia genética<sup>7</sup>. Investigadores de la personalidad han mostrado de qué manera algunas de las características de la personalidad afectan la percepción de la felicidad. Las personas habitualmente extrovertidas suelen reflejar una clara relación de la felicidad con una afectividad positiva, mientras que las personas neuróticas suelen tener una afectividad negativa, poca sociabilidad, introversión, pesimismo, etc. Y, por tanto una clara tendencia a la infelicidad. La cosmovisión y los propios procesos cognitivos afectan también a la percepción subjetiva de felicidad. Cuando nos comparamos, según con quien lo hacemos, tenemos una autopercepción positiva o negativa.

El ritmo no es sólo un proceso exógeno y cronológico sino que también expresa el proceso endógeno, interno, de todo ser humano. Sin la percepción mínima de felicidad el cambio continuo no puede ser asumido.

## **Innovación y tradición en las sabidurías**

Algunas de las grandes tradiciones religiosas e ideológicas han decidido, de manera explícita, hacer de la innovación una tradición. Es lo que se ha dado en llamar “progresismo” que suele ser una realidad transversal en el panorama global de las creencias y convicciones, así como de sus formas y procesos de organización, comunicación y motivación. El progresismo ha innovado siempre respetando unos redefinidos límites doctrinales propios, unas “creencias” o “fundamentos ideológicos” que ejercían también de rémora a pesar de permitirles una cierta flexibilidad en comparación con el inmovilismo de los grandes defensores del tradicionalismo –integrista,

---

6 De mayor a menor percepción subjetiva de felicidad: recién casados, solteros, viudos, divorciados o separados.

7 La mayoría de los expertos estiman que la heredabilidad de los componentes del bienestar subjetivo va del 40 al 50% en lo relativo a los estados emocionales positivos y del 30 al 40 % en lo relativo a los estados emocionales de depresión y ansiedad.

fundamentalismo- de su propia familia identitaria. Es cierto que en la historia de las religiones hay todo una amalgama de fenómenos que se producen y que traducen y reflejan las fases y estadios del proceso, del cambio en el ámbito religioso. Tal vez el más conocido y polémico sea el del sincretismo. El sincretismo es la fusión de diversas creencias y prácticas religiosas, cuyos ejemplos más emblemáticos son el gnosticismo, que combinó dualismo con elementos de las religiones de misterios, el judaísmo, el cristianismo, el maniqueísmo, el sijismo, el vudú, el candomblé y el moonismo<sup>8</sup>. Las ortodoxias religiosas siempre han sido reticentes al cambio y han generado discursos de cariz exclusivista que han derivado en posturas intolerantes y, con cierta frecuencia, incluso en posturas de discriminación y persecución explícita o implícita de la disidencia. Las estrategias y tácticas que se han hecho servir por parte de los sistemas e instituciones de poder de las diversas tradiciones casi siempre han sido contrarias a las intuiciones fundamentales o espirituales de los maestros y “fundadores” de las grandes tradiciones de sabiduría que habitualmente han vehiculado esas tradiciones. La razón principal ha sido la priorización casi exclusiva de la función social de la religión que conlleva la sumisión de la cualidad humana a intereses de poder político, económico o social. El fin ha justificado los medios aunque el precio pagado acabara siendo la más que probable posibilidad de perder el fin viciándolo y contaminándolo. De ahí que en una sociedad de conocimiento no pueda existir ningún tipo de autoridad doctrinal que ponga límites al cultivo personal y colectivo de la cualidad humana profunda. Sí deberá darse un discernimiento espiritual y racional de la cualidad de las tradiciones de sabiduría y de sus maestros y maestras, pero este discernimiento será libre y tan dinámico como la sociedad que lo abrigue.

Parece evidente, pues, que una sociedad de conocimiento tolera mejor una postura progresista. Sin embargo, no podemos olvidar que en el fondo

---

8 Etimológicamente es la alianza de los cretenses contra un enemigo común. El término fue utilizado originalmente por Plutarco en *Sobre el amor fraterno* (19) para definir la fusión de cultos religiosos en el mundo grecorromano entre los años 300 y 200 a.C. Se suele producir en todos los lugares donde hay contacto entre las religiones. Se suele entender como la unión, más o menos forzada –en la mayoría de los casos es espontánea pero a veces es fruto de un artificio-, de elementos heterogéneos y reconocibles que suelen constituir una nueva realidad. El sincretismo es distinto del eclecticismo, que es una actitud individual que conduce a convicciones personales poco sistematizadas.

cuestiona el progresismo desde la base, puesto que no acepta sus límites por generosos y amplios que puedan parecer. Estratégicamente puede aliarse temporalmente con corrientes progresistas de las diversas tradiciones. No se puede olvidar ni menospreciar el valor pedagógico del progresismo para una sociedad de conocimiento. No obstante, una sociedad de conocimiento conlleva a la larga la disolución de esos límites doctrinales y creencias progresistas, aunque esta disolución pueda llegar a ser, es probable, voluntariamente aceptada y bienvenida incluso por los propios defensores del progresismo religioso si se ha sabido acompañar la transición con pedagogía, es decir, con la suavidad y ternura posibles, especialmente si los progresistas cultivan la cualidad humana y son conscientes de la emergencia humana que supone el reto de la supervivencia humana en las sociedades de conocimiento.

## **La innovadora sabiduría**

Si la tradición es de sabiduría siempre será innovadora porque no se hallará condicionada, atada ni fijada por nada. La sabiduría, si es auténtica, es liberadora y libre de creencias, de fijaciones, de condicionamientos relativos a nuestras necesidades. Ello le permite y nos permite la mayor flexibilidad y la adaptación rápida y continua a los cambios sin fin que genera inevitablemente una sociedad de conocimiento.

El problema no es la transmisión, ni la comunicación, sino si merece la pena transmitir alguna cosa y qué es lo que realmente merece la pena comunicar. La respuesta no se hace esperar. La historia de la humanidad y su acreditada capacidad de supervivencia nos la ofrecen. Lo que merece la pena comunicar es la sabiduría de la humanidad, el cultivo de la cualidad humana profunda que nos ha hecho capaces de sobrevivir y de vivir en plenitud. La sabiduría humana es la única tradición permanentemente innovadora y la que singulariza la especie humana.

La tradición que no innova es repetición, fijación, muerte. Las grandes tradiciones religiosas han padecido y padecen la enfermedad de la resistencia a la innovación.



En algunos casos llega a ser grave e incluso amenaza con ser virulentamente cancerígena. Es el caso de los diversos radicalismos religiosos inundados de intolerancia, exclusivismo y odio. No es nuestro objetivo entretenernos aquí en la historia criminal de las tradiciones pero sí debemos denunciar con contundencia una realidad con la que la humanidad no puede permitirse más permisividad si no quiere caer en la trampa de la complicidad.

## **La narrativa de la cualidad humana: los clásicos primero**

No vamos a repetir lo que ya se ha expresado reiteradamente en anteriores ediciones de los Encuentros sobre la interpretación de los textos religiosos. Simplemente considero necesario dejar claro que la sabiduría tiene como principal instrumento de comunicación al lenguaje y éste nos ha llegado por tradición oral y escrita. La experiencia espiritual se transmitió en los inicios de la cultura humana a través de la oralidad y su misterio y valor iniciático radicaba en gran parte en ella, pero pronto la función social de la religión requirió del peso de la escritura como instrumento eficaz de fijación de legalidad.

Nuestro tiempo está viendo cómo desde cualquier lugar del planeta es hoy posible acceder a los grandes clásicos de las diversas tradiciones de sabiduría. Es cierto que la posibilidad no implica necesariamente realidad. Sobre todo en una época en que la lectura de textos, especialmente de textos de sabiduría, es rotundamente eclipsada por los *youtubers*, en particular, y la cultura audiovisual, internet y las redes sociales, en general. Los jóvenes leen cada vez menos libros y ello supone la urgente necesidad de ofrecer algún tipo de soporte audiovisual a los grandes textos y narrativas de la sabiduría de la historia. La sociedad de conocimiento demanda una comunicación amplia y sin límites, transparente, creativa y generosa.

La liberalización y el acceso generalizado a la sabiduría es un nuevo -ya no tan nuevo- desafío que requiere creatividad e innovación que pueden llegar a deparar obras de arte o también auténticas aberraciones. Hay un debate abierto acerca de los criterios para discernir la calidad de una obra espiritual de referencia o una auténtica obra de sabiduría. ¿Es

posible generar nuevas producciones literarias de sabiduría? Por supuesto y, en el futuro, habrá también, como en cierta medida ya observamos, maestros espirituales que nos hagan llegar su mensaje a través del soporte audiovisual. ¿Quién y cómo se otorga un certificado de calidad de la cualidad a las pretendidas obras de sabiduría? No basta obviamente con el reconocimiento de los propios seguidores y simpatizantes, tampoco es suficiente el reconocimiento fugaz de una generación. Hemos hablado en otro lugar sobre los posibles criterios, que fundamentalmente no están sometidos a condicionamientos de espacio y tiempo aunque es cierto que deben adaptarse a un amplio abanico de diversas circunstancias<sup>9</sup>. En cualquier caso hay un cierto consenso tácito de la comunidad espiritual de cualidad humana profunda que suele reconocer la cualidad donde se da sin hacer acepción de personas, género, tradición, lugar ni tiempo. El amor al conocimiento es compartido y nadie de los que lo experimentan está dispuesto a sacrificarlo en el altar de prejuicios y estereotipos.

Sea como sea, lo cierto es que nuestra constitución animal como hablantes nos permite el doble acceso a la realidad y al entorno, especialmente un acceso gratuito y desinteresado, un acceso absoluto, es decir no relativo. Sin embargo una lengua siempre está condicionada y envuelve la dimensión absoluta de la realidad con un conjunto de formulaciones relativas que hablan de esta dimensión pero que al mismo tiempo que la revelan la ocultan. La diversidad de lenguajes es una manera de mostrar la riqueza de la realidad, pero, para ello, para descubrir/desvelar esta riqueza, deben ser siempre relativizados por una interpretación simbólica de sus mitos, narraciones, etc., que permita el acceso pleno y libre a la realidad. Cada tradición religiosa y espiritual ejercita amplia y extensamente la hermenéutica de los textos sagrados y de los grandes escritos de los maestros de referencia. Se da una inmensa riqueza de variedad y conocimiento en esta plural tradición de interpretación. La verdadera interpretación sólo es posible cuando la experiencia acompaña el conocimiento actualizando siempre diversamente y nuevamente las viejas intuiciones y saberes de los

9 Cfr. TORRADEFLOT, Francesc, "Elementos para la lectura e interpretación de los textos místicos desde las sociedades de tránsito", en CORBÍ, M. (Coord.), *Indagaciones sobre la construcción de una epistemología axiológica*, CETR, 2013, p. 231-251; ID., "Indagación libre en tradiciones espirituales y de sabiduría", en CORBÍ, M. (Coord.), *La necesidad ineludible del cultivo de la cualidad humana en las sociedades de conocimiento como una indagación libre en comunicación y servicio*, CETR, 2014, p. 131-161.

grandes de la historia del espíritu humano. De la misma manera en que un ritual simbólico reactualiza, revive y recrea nuevamente una experiencia fundante, una interpretación auténtica renueva un saber lúcido y profundo de un tiempo pasado. Ahora bien, la interpretación debe ser libre, no puede estar sometida a intereses que vayan más allá de la comprensión de la sabiduría. Cualquier otro interés contamina el acceso y el cultivo de la cualidad humana profunda.

Dicho esto, la verdad es que muchas de las nuevas formas espirituales, fruto de la innovación y la creatividad tanto de personas como de colectivos, priorizan la experiencia personal y colectiva directa y su narrativa por encima de la lectura y estudio de los textos de sabiduría de los antepasados. Hay una especie de sacralización del presente, del directo, del ahora y aquí, y del sujeto, del individuo y de la comunidad que es protagonista, que lo vive. Así, el nuevo “texto” que substituye a los grandes maestros del pasado es, en muchos casos, el testimonio de vida, el relato biográfico y personal de personalidades, carismáticas o no tanto, que han obtenido un cierto reconocimiento más por su mistagogía o capacidad de seducción y atracción hacia un mensaje o una persona espiritual que por su propia cualidad humana. El éxito “espiritual” radica en el reconocimiento y en la habilidad y eficiencia inmediata de los protagonistas.

Con ello, lamentablemente, se corre el riesgo de perder la riqueza de los grandes clásicos y de su cultivo de la cualidad humana profunda. Su testimonio está acreditado por la tradición y es, por ello mismo y en la mayoría de los casos, desinteresado. Los nuevos maestros, los maestros de hoy, están demasiado cerca para poder discernir y valorar con claridad y neutralidad su autenticidad, su capacidad de transmisión y su eficacia como iniciadores y ayudadores del proceso espiritual. Es bien posible que algunos sean grandes sabios y terminen por ser reconocidos con el tiempo, pero otros no lo son y pueden perjudicar y distraer o apartar del camino espiritual y de su realización plena. Separar el grano de la paja se hace difícil cuando falta perspectiva suficiente. Por ello es más útil y hábil dedicar el tiempo a los grandes maestros, unánimemente o mayoritariamente acreditados, incluso más allá de sus propias tradiciones.

Ello es todavía más cierto si se tiene en cuenta que estamos en una sociedad acelerada donde el estrés y la falta de tiempo son una “patología” generalizada. Más allá de la necesidad de superarlos, parece evidente que, en la presente situación, es necesario optimizar los recursos y dedicar el poco tiempo de que se dispone a los clásicos.

A mediados de los ochenta, un profesor de Heurística de la Universidad de Lovaina, que era y sigue siendo además un gran biblista, Roger Gryson, dijo a sus alumnos, entre los cuáles me encontraba, que una de las decisiones más importantes de la vida de un universitario era saber gestionar bien el tiempo de su propio aprendizaje priorizando leer las fuentes por encima de sus comentarios, los clásicos antes que los divulgadores, lo genuino antes que la copia. ¿Cuántas de las publicaciones del ámbito de las nuevas espiritualidades son clásicos o se inspiran en los clásicos del cultivo de la cualidad humana de las grandes tradiciones espirituales? Personalmente creo que ésta es también una de las preguntas que puede ayudar a conformar uno de los principales criterios para discernir la relación positiva entre tradición e innovación. La sabiduría trasciende cualquier dualismo entre estos dos polos. Los clásicos lo son porque han llegado hasta nosotros acreditados no sólo por su fidelidad a sus maestros sino especialmente por su intensa capacidad de innovación y creatividad en la expresión y en la pedagogía del cultivo de la cualidad humana. Es bien probable que los maestros y autores espirituales de hoy, especialmente los que están al margen de las grandes tradiciones, puedan ser en un futuro reconocidos y acreditados como clásicos pero para ello debe pasar un tiempo considerable que les permitirá poder ser valorados en diferentes lugares y contextos como referentes de calidad humana profunda.

Ciertamente algunos cultivadores de la cualidad humana profunda no necesitan tanto tiempo y pueden discernir con mayor celeridad la cualidad humana cuando tienen la oportunidad de encontrarla. Ello plantea que el reconocimiento de la cualidad humana profunda requiere el cultivo de esta cualidad y que el no reconocimiento procede en la inmensa mayoría de los casos de la falta de esta cualidad y de su cultivo.

El estudio de los clásicos y el aprendizaje resultante no contradice ni se opone al valor de la experiencia de la propia cualidad humana. Bien al contrario, conocimiento y experiencia se retroalimentan: el estudio nutre y orienta la experiencia y la experiencia ilumina el estudio. Esfuerzo y don, ascesis y mística no se oponen sino que se fecundan mutuamente.

En el fondo la gran aspiración es la capacidad de “leer” todo y de reconocer en todo (por doquier) la dimensión absoluta es la gran aspiración de la plenitud espiritual pero para acercarse a ello no cabe duda que el acceso a los clásicos es un inmejorable instrumento porque éstos preparan y disponen la sensibilidad y la mente hacia la dimensión absoluta.

### **Identificando criterios de discernimiento de la sabiduría**

Estos criterios hay que buscarlos en la misma cualidad humana profunda. Las sabidurías de la humanidad nos la han transmitido, la han formulado y, por ello, podemos intentar discernirla, sabiendo, eso sí y como dicen las sabidurías, que la realidad escapa a cualquier formulación y que, en el fondo, el único criterio es la Realidad que nos llama a “desaparecer” para que aparezca el “Otro”, el único criterio válido es la “desegocentración”.

Los criterios podemos presentarlos y apuntarlos o negar lo que no son. De manera humildemente afirmativa podríamos considerar los que surgen de los ejes transversales que manifiesta el lenguaje común de las diversas tradiciones de sabiduría. Me refiero a los ejes semánticos del conocimiento, del amor y de la acción. Todos ellos traspasados por un interés, un distanciamiento y un silenciamiento absolutos, como sugiere Marià Corbí en toda su obra reciente. Un interés por la realidad en toda su plenitud y radicalidad, la realidad que ni se manifiesta porque todo lo inunda, que trasciende, que es libre y liberadora. Este interés es contemplación y genera por doquier admiración, fascinación y temor (lo “numinoso” *tremendum et fascinans*), pero un temor que no es sumisión obediente a lo que no es la realidad sino sumisión (musulmán) libre a la realidad misma.

Un distanciamiento que es desapego o liberación de formulaciones, formas, legalidades, para no “formatear” la realidad con límites propios de nuestras necesidades, temores, recuerdos y expectativas. Un silenciamiento que lo es de todo “ruido”, de la palabra, de todas las lenguas, de las academias, de los discursos y narraciones, de la cultura y que es puerta abierta al vacío, a la nada, a su más allá y su más acá. Se trata de un silenciamiento que revienta el lenguaje y que se expresa temporalmente con el símbolo hasta que al final lo hace con nada más y mejor que la vida.

Quiero simplemente subrayar que el reconocimiento y asunción de la libertad absoluta, profunda y radical es uno de estos criterios de discernimiento. Otro criterio surge de la identificación y percepción común de las diversas tradiciones de la cualidad humana profunda como una lucidez y calidez sin iguales. Otro elemento que nos permite discernir es la flexibilidad, que surge de la consideración de la relación entre necesidad y gratuidad. El ser humano, a través del lenguaje y el doble acceso a la realidad que éste permite, puede auto determinarse genéticamente y condicionar su propia necesidad con un color de gratuidad que le hace más flexible y distinto de otras formas de vida. ¿Qué es la gratuidad? ¿Cómo se manifiesta y percibe? Aquí radica uno de los mayores “secretos” del ámbito de la humanidad profunda, aquí radica la misma raíz de la humanidad. Es imposible hablar de la gratuidad como lo es hablar de la realidad, pero sin embargo lo hacemos, pidiendo perdón y llenos de rubor y humildad. La gratuidad empapa la humanidad, la invade, le da naturaleza que no es naturaleza. La gratuidad libera de todo interés porque es toda aspiración de no tener interés. Su nivel de consciencia es transconsciente. Es acción en la inacción. Sin estas “características” no podemos reconocer la sabiduría y la cualidad humana profunda.

## La sabiduría anónima

Son significativos los grandes maestros que nunca escribieron nada o de los que no se conserva nada escrito por ellos mismos (Buda, Jesús, Mahoma, etc.). Parece claro que muchos no quisieron; otros no pudieron o no supieron, lo cual no significa necesariamente que hubieran querido. Su sabiduría ha sido reconocida sin embargo a pesar de su no escritura. Se ha reconocido a través de los escritos inspirados de sus seguidores pero no deja de ser significativo que los maestros no quisieran que su sabiduría quedara reducida a su capacidad cultural concreta. Los seguidores, mucho más osados –e interesados–, preocupados por su mediocridad, aterrorizados por su pánico a la pérdida de la sabiduría heredada y agobiados por sus tareas de cohesión comunitaria, dieron forma a la sabiduría, pusieron una copa determinada al vino.

Así lo podemos beber, pero el recipiente no es el bien que atesora. Confundirlos supone perderse el gozo y el placer que ofrece el bien del vino. Poner nombre o recipiente a la sabiduría parece inevitable porque se vive en la realidad relativa, en lo cotidiano. Pero cuidado, porque nombrar es quitar fuerza y gratuidad. En el hinduismo los grandes textos sagrados, los Vedas, etc., son *apauruseya*, que significa no sólo anónimos sino también sin autor humano, sin autor interesado; porque el único autor real de la sabiduría es la misma realidad. El prestigio de los nombres, de las tradiciones, de la historia, de su clasicismo sirve para facilitar el acceso a la sabiduría pero, superado este paso propedéutico, todo debe deshacerse como un inmenso *mandala*, para que se manifieste la realidad del sin forma.

Así la sabiduría no viene acreditada sólo por los grandes maestros, puede venir de la mano de maestros y maestras desconocidos, anónimos, imprevistos, insospechables, paradójicos, desconcertantes, etc. Por ello a la hora de reconocer la sabiduría se debe tener cuidado de no dejarse llevar por prejuicios y estereotipos, aunque resulte humanamente comprensible e históricamente frecuente que, llevados por un celo de preservación y protección de la autenticidad, se termine por caer en la tentación de echar a la criatura por el lavadero.

## La sabiduría fingida

Debemos ser conscientes de un riesgo “diabólico” que rodea la conciencia o el discernimiento de la cualidad humana: la capacidad que tiene el interés egocentrado de simular o emular la cualidad humana profunda. El disfraz es la tentación no sólo del hipócrita sino sobre todo del oportunista que ha visto una ocasión para comerciar con lo más sagrado o sacar provecho de ello. El disfraz no es sólo el de las virtudes morales<sup>10</sup>, habitualmente concomitantes de la cualidad humana profunda, sino el de las cualidades espirituales que le suelen ser intrínsecamente propias (austeridad, humildad, determinación y esfuerzo, autoconocimiento, etc.). Saber o conocer las características, indicios, pistas, criterios de la sabiduría permite a los malintencionados imitadores la réplica y la copia de manera que sea muy costoso y lento poder identificarla y aún más desenmascararla. Pero esta dificultad no exime del necesario esfuerzo, sino que lo hace más bien imprescindible.

Según los propios maestros de sabiduría, la humildad es un indicio especialmente relevante para poder distinguir entre la verdadera cualidad y la falsa, pero incluso la misma humildad puede ser simulada. Y de hecho lo es con frecuencia en los foros espirituales. Los obstáculos al camino interior o de cualidad humana son muy sutiles especialmente cuanto más avanzado se está. Algunos místicos han insistido especialmente en este peligro. La apariencia es uno de estos obstáculos, uno de los más peligrosos. Mucho más peligroso cuando la propia persona no tiene ni siquiera un grado de intencionalidad consciente, sino que este disimulo forma parte de su inconsciente profundo, en algunos casos herido por alguna patología que desequilibra su personalidad. Los seres humanos podemos modelar conscientemente la realidad pero en muchas ocasiones lo hacemos desde la inconsciencia o desde la imaginación de ficción, contra la misma realidad, por enfermedad o por error, si es que en el fondo no son lo mismo.

---

10 Prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Otras virtudes son la humildad, la castidad, la paciencia, la caridad y la diligencia. En el budismo se habla de perfecciones (*paramita*): generosidad, honestidad, paciencia, sabiduría *-prajña-*, esfuerzo, amabilidad. En algunas listas de *paramita* se añaden también la habilidad o los medios hábiles *-upaya-*, la aspiración, el poder espiritual y el conocimiento *-jñana-*. Evidentemente la consideración de los vicios: la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza (cristianismo), por contraposición apuntan al valor de las virtudes.



Es cierto que la realidad tiene de por sí tanta fuerza y energía que no depende de nada ni de nadie –tampoco del ser humano ni de sus miserias– e incluso puede superar el intento consciente o inconsciente de su misma manipulación. Éste es uno de los “milagros” de la vida. La riqueza y poder de la cualidad humana profunda arrolla cualquier pretensión de darle forma y de definirla o controlarla. Es lo que ha permitido que a lo largo de la historia, más allá de la concordancia o de la inadecuación de las formas de vida y de sus sistemas de valores con el cultivo de la cualidad humana profunda, las personas y los colectivos hayan seguido disfrutando de la realidad en toda su belleza y esplendor.

### **¿La felicidad como criterio?**

La felicidad no es sólo ni principalmente una sensación, una vivencia subjetiva, una emoción definible como un bienestar personal puntual o general relativo a la propia vida. Se distingue de las emociones negativas, como el miedo, la tristeza o el odio, y de las positivas, como el afecto, el interés o la excitación. La felicidad, como aparece en el ámbito espiritual, suele referirse a la dimensión gratuita y absoluta de la realidad, una dimensión de la que la mayoría de ciudadanos no es consciente pero que es cercana y familiar por su similitud para quienes conocen o han desarrollado la experiencia estética puesto que es una experiencia de plenitud incapaz de ser formulada pero que “satisface” sin satisfacer necesidades básicas.

Esta felicidad puede ser un criterio de la cualidad humana pero ésta no siempre se identifica con ella. La cualidad humana va más allá de la experiencia de plenitud que identificamos con la felicidad. La cualidad humana se expresa también en la experiencia de sufrimiento pero liberando de todas sus hipotecas y condicionamientos. No son pocas las tradiciones que, cuando han expresado la cualidad humana, han optado por el silencio expresivo, por unas sentencias o conceptos paradójicos o por un lenguaje que destruye el lenguaje y su lógica habitual basada en los principios de identidad, no contradicción y tercio excluso.

Esta expresión que trasciende la expresión no permite identificar la Realidad de la que habla la cualidad humana y su cultivo con nada ni con nadie, ni tan siquiera con el silencio o el vacío. ¿Puede, entonces, la felicidad ser criterio de sabiduría o de los efectos positivos de la sabiduría sobre el ser humano? Puede y suele serlo en la mayoría de las tradiciones, aunque la superficialidad y banalidad de seres humanos egocentros suele caricaturizar y deformar el significado de este término en su uso, esterilizándolo y quitándole toda posible efabilidad o transparencia de la Realidad Absoluta. La felicidad es sólo una forma y nada más, pero también nada menos.

## **Proceso y pedagogía**

La cualidad humana profunda y su cultivo son dinámicos. Nadie los posee ni los controla. No son estáticos, ni fijos. Este dinamismo hace que la cualidad humana y su cultivo tomen diversas formas según el contexto y según el proceso comunitario y personal de aprendizaje, comprensión y asunción. Se aprenden los diversos lenguajes que expresan la cualidad humana como se pueden aprender las diversas formas de su cultivo. Esta diversidad varía según el espacio y el tiempo, según el universo cultural, según el paradigma básico. Pero el aprendizaje de la diversidad varía también según las capacidades comunitarias y personales. Este proceso es singular, personal, intransferible, pero es posible que los que están más avanzados en el camino espiritual desarrollen una mistagogía capaz de ayudar pedagógicamente a los que están en fases más iniciales a partir de su situación humana específica y concreta. Esta solidaridad simbiótica es una adaptación constante que evita la imposición y que se hace flexible acogiendo las posibilidades y los procesos reales de seres tan cambiantes como su conocimiento, siempre dinámicos, en continuo crecimiento y dispuestos a luchar por el conocimiento.

La pedagogía es indulgente, paciente, ágil y flexible con el lenguaje y la expresión, con los avatares psicológicos y sociales de sus destinatarios, como lo es con los instrumentos y procedimientos del camino espiritual, sin dejar de ser al mismo tiempo profundamente iconoclasta con cualquier

pretensión de generalización o de interrupción del proceso de sabiduría. La flexibilidad no contemporiza con el error ni con la mentira pero es capaz de entender la diferencia y de empatizar profundamente con ella. La flexibilidad es un criterio esencial de la cualidad humana profunda, porque la Realidad se hace todo en todos, se encarna, se hace pequeña con los pequeños, enferma con los enfermos, ignorante con los ignorantes sin perder su inmensa fuerza de transformación y liberación que ayuda a crecer en los límites y más allá de ellos, trascendiendo el ego. La flexibilidad es, por ello, creativa e innovadora, capaz de inventar y reinventar de acuerdo con cada forma y figura, respetando cada forma y figura, en cada forma y figura.

Somos, sin duda, ante una nueva era difícil de predecir y de discernir por su inmensa complejidad, pero llena de estimulantes posibilidades y desafíos. La cualidad humana y su cultivo pueden hacer que sea una era de vida plena para la humanidad si superan la epidemia de banalidad, intoxicación, irrelevancia de la verdad<sup>11</sup> y anomia que enturbia mentes, corazones y acción.

---

11 Durante los Encuentros tuvimos conocimiento de la elección de Donald Trump como nuevo presidente de los Estados Unidos. Mi memoria no ha olvidado todavía la obstinada y casi enfermiza y cínica resistencia del presidente José María Aznar ante la evidencia de la autoría del terrorismo jihadista de los atentados de Madrid. Recuerdo también la reconocida mentira de líderes políticos conservadores ingleses partidarios del Brexit durante su campaña previa al Referendum. Parece que los poderes y el pueblo son refractarios o indiferentes a la verdad, considerándola irrelevante o poco importante. El término *Post-truth*, que define esta realidad, ha sido declarado “Palabra del año 2016”. En este sentido nos parece interesante consultar KEYES, Ralph, *The Post-truth Era*, St. Martin’s Press, 2004. En 2005 el cómico americano Stephen Colbert popularizó una palabra informal relacionada con el mencionado concepto de *Post-truth: truthiness*, definida por Oxford Dictionaries como ‘the quality of seeming or being felt to be true, even if not necessarily true’ (cualidad de parecer o ser percibido como verdadero aunque no sea necesariamente verdadero”. *Post-truth* amplía esta noción desde una cualidad aislada de afirmaciones particulares a una característica general de nuestra época. Ante el inmenso problema de la verdad, sería interesante aquí considerar el desafío de la lucha entre relativistas y absolutistas y confieso que me encantaría presentar como alternativa o vía media la idea de relatividad radical de Raimon Panikkar o de interdependencia (Nagarjuna), pero no es el lugar.